

PRIMER CONTACTO

Miquel Barceló

Ya sabemos que la realidad del viaje espacial es, todavía, limitada. Hemos llegado a la Luna y hemos enviado sondas a otros lugares de nuestro sistema solar. Conocemos, por ahora, sólo parte de nuestro entorno más inmediato. Pero la relativa novedad del viaje por el espacio allende la atmósfera de la Tierra, no impide que nuestra imaginación viaje. Ese es, sin ninguna duda, uno de los papeles que ha jugado la ciencia ficción.

Viajar, aunque sea con la imaginación, supone la posibilidad de encontrar vecinos. Ya comentábamos hace dos meses el espinoso tema de la "paradoja de Fermi" y algunos de los posibles razonamientos del porque no hemos encontrado, todavía, vecinos cósmicos.

Pero la ciencia ficción ya los ha encontrado.

Y ha construido con ellos alianzas y civilizaciones galácticas. Pero también cabe pensar en la primera vez, en ese "primer contacto" entre especies y culturas distintas con el que iniciar la posibilidad real de esa civilización galáctica imaginada por la ciencia ficción.

Desgraciadamente nuestra experiencia terrestre en "primeros contactos" no es muy halagüeña. Cuando se han encontrado culturas distintas en nuestro propio planeta (como ocurriera tras el descubrimiento de América, por ejemplo), no puede decirse que siempre ha sido para bien de ambas. Sabemos que hay un serio peligro en el encuentro de dos civilizaciones y que una de ellas puede, incluso, dejar de existir.

Con la experiencia que obtenemos de nuestra historia, cabe siempre el temor de que seamos nosotros los amenazados con la extinción tras un primer contacto entre las estrellas. Aun cuando también es posible que no todas las especies galácticas sean tan depredadoras como la nuestra, la prudencia no parece fuera de lugar.

Así lo vió Murray Leinster, hace ya más de cincuenta años, en "Primer contacto" publicado en 1945. En ese relato, un clásico indiscutible de la ciencia ficción de todos los tiempos, los terrestres expedicionarios de la nave espacial *LLanvabon* se hallan en las cercanías de la Nebulosa del Cangrejo, cuando se encuentran con un objeto que resulta ser una nave espacial de otra civilización tecnológica de la galaxia. Es el "primer contacto". Una vez superado el problema (no precisamente banal...) de lograr un precario nivel de comunicación, ambas naves saben que no pueden dejar pasar la oportunidad de enriquecer sus conocimientos con lo que pueda aportar la otra especie y, de paso, abrir el camino de la cooperación. Pero, al mismo tiempo, en palabras de Leinster:

"ninguna de las dos naves podía arriesgar la existencia de su propia especie confiando en la buena voluntad o el honor de la otra".

Un interesante problema estratégico: con serias dificultades de comunicación, deben intercambiar información, pero no demasiada. En particular no deberían, en ese primer contacto, descubrir la localización del planeta de origen para no exponerlo a posibles peligros.

La solución de Leinster es ingeniosa aunque, bien analizada, no deja de tener defectos. En un ambiente que une lícitas expectativas y recelos mutuos, las dos tripulaciones deciden al fin establecer una nueva cita en el futuro y, de momento, intercambiar las naves para volver a los planetas de origen con la muestra palpable del contacto y, además, con lo que no deja de ser uno de los mayores logros de las respectivas civilizaciones. Un interesantísimo objeto de estudio. Un intercambio adecuado de conocimientos.

Una aceptable solución imaginada al problema del "primer contacto". Algo que algún día nuestra especie deberá ser capaz de resolver en el ámbito más prosaico de la realidad. Es bueno ir ya pensando en ello. Por si acaso...